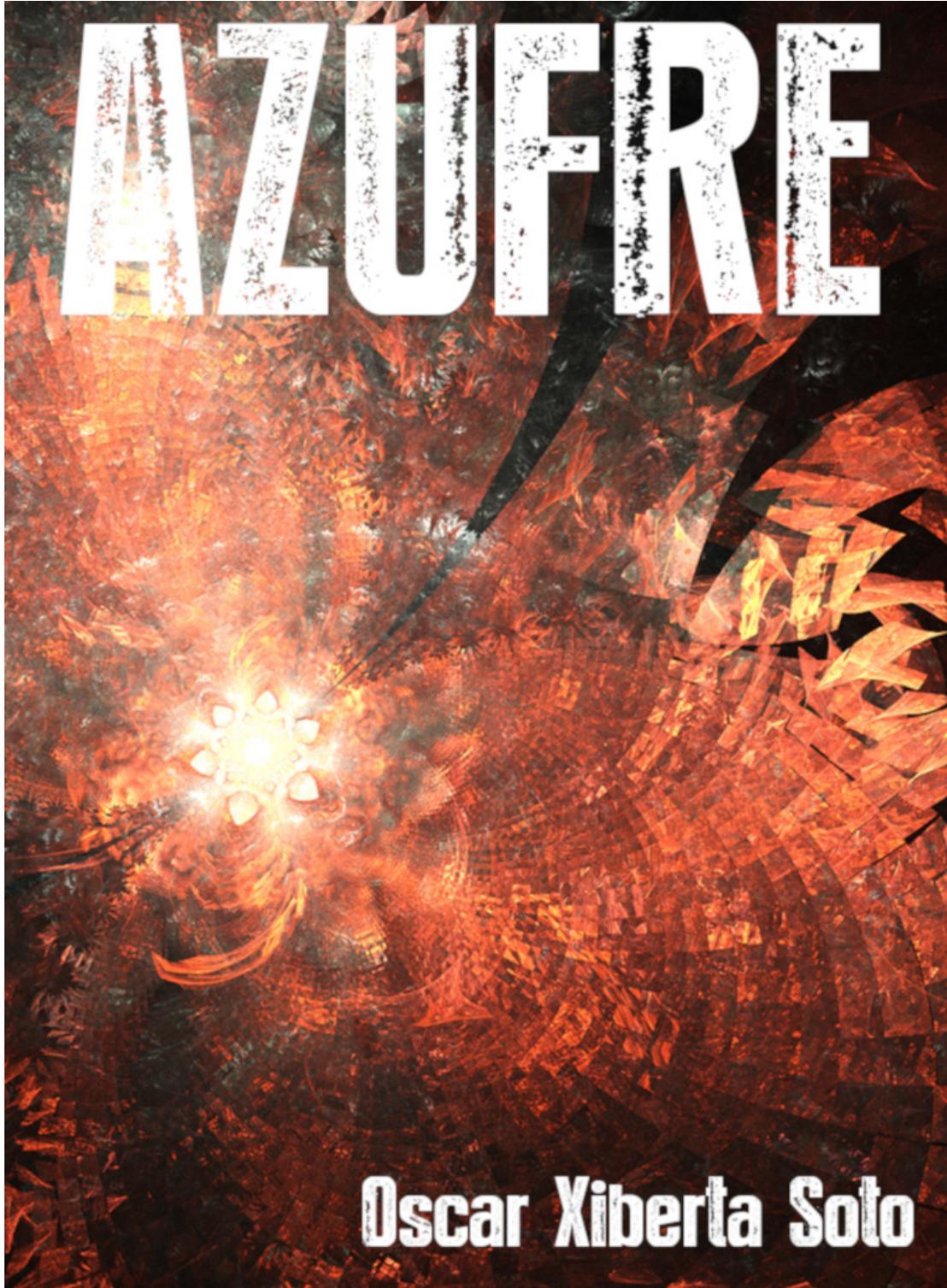


Azufre

Oscar Xiberta Soto



Capítulo 1

Había preguntado todo lo que necesitaba saber. La gente le había inundado con información confusa, pero presentía que estaba en el lugar correcto.

Había dejado su transporte esperando. Aunque apartado, lo podría ver desde la entrada, algo que le sería muy útil si la situación se ponía fea ahí dentro y tenía que salir corriendo.

La noche antes, en la penumbra de la habitación de su hostel, había preparado todo lo necesario para su visita del día siguiente: comida, pues el lugar donde tenía que llegar estaba bastante apartado, transporte, ropa adecuada, y por supuesto, las armas.

Se había ido pronto a la cama para asegurar un buen descanso. Necesitaba que todos sus sentidos estuvieran al máximo de su capacidad. Aun así, apenas pudo dormir. El sólo pensamiento de la tarea que tenía que realizar era suficiente para bañarle la espalda de sudor y hacerle levantarse de vez en cuando, con la estancia a oscuras, y dejar su mirada perderse en la lejanía, siguiendo el camino que tendría que recorrer a la mañana siguiente.

Como si las sutiles tonalidades del cielo nocturno pudieran darle alguna pista de lo que le esperaba.

Esa mañana había esperado hasta que vio colarse las primeras luces del alba. Con todo el tiempo del mundo, se había aseado, vestido, y había preparado el equipaje. Lo había desplegado todo encima de la cama con religioso orden y cuidado, y lo había repasado mil veces.

Había dejado todo como estaba para comprobarlo una vez más antes de partir, y había bajado a desayunar. Sabía que era un viaje largo, así que, sin mucha gana, había terminado como había podido un plato de guiso de ave con verduras que había sobrado de la noche anterior, empujándolo con trabajo hacia su encogido estómago con tragos de la insípida cerveza local.

El patrón del hostel le había estado observando comer esa mañana con una mezcla de cautela y respeto. Sabía lo que había venido a hacer. Todo el mundo lo sabía. Al verle levantarse para salir del comedor le había salido al encuentro y le había obsequiado con timidez con algo de fiambre, pan, y queso para el camino. Él lo había aceptado y agradecido, aunque con la atención puesta en otra parte.

De vuelta en su habitación, había realizado un recuento de cada una de las piezas expuestas sobre la cama, y de las posibles situaciones en las

cuales se podría ver obligado a utilizar cada una de ellas. Tras esto, las había envuelto en dos grupos separados, por un lado las vestimentas protectoras, y por otro las armas ligeras.

Después de echar la vista atrás una última vez, había cargado los dos macutos en su transporte, y se había dirigido al trastero donde habían pasado la noche sus armas pesadas. Recordaba haber dedicado un momento a admirar el buen hacer de su fabricación, a notar el fino acabado bajo la caricia de sus dedos. Recordaba haberlas empuñado y haber notado su solidez y su perfecto contrapesado, para luego depositarlas encima de la mesa y limpiarlas a conciencia, haciendo especial hincapié en sus precisos engranajes. Aquella tarea le había ayudado a preparar su mente y su espíritu para lo que le esperaba.

También recordaba lo especialmente agradable que le había resultado la brisa de las primeras horas de la mañana barriendo su rostro con cariño, mientras cargaba las armas pesadas en el remolque y las cubría con una recia lona.

En este momento, esos recuerdos de hacía unas horas le parecían tan lejanos como de una vida pasada. Su mente los estaba apartando poco a poco de manera inconsciente como consecuencia de un instinto de supervivencia reflejo.

Había atravesado el umbral, ahora necesitaba toda su atención.

Capítulo 2

Su vida pasada había desaparecido. Ya no tenía hogar al que volver, ni familia que mantener, ni esposa que le llorara. Sólo existía el ahora.

Comenzó el avance.

Este sitio había sido refugio de ladrones, le había dicho la gente, pero ya no. Si las informaciones que había recopilado eran ciertas, no era posible que quedara nadie con vida en este lugar. No obstante, había que contemplar la posibilidad de que aún quedara algún superviviente escondido, esa era una de las razones por las que llevaba las armas ligeras encima. También podría darse el caso de que todas las habladurías que le habían traído hasta aquí fueran falsas. Su psique comenzó a saborear esa idea. Preferiría sin dudarlo enfrentarse a una horda de criminales que a lo que había venido a buscar, pero descartó ese pensamiento de inmediato. Eso no era posible, porque había llegado a la entrada, la había atravesado, seguía avanzando, y absolutamente nadie le había salido al encuentro.

Las vestimentas protectoras amortiguaban en cierta medida el ruido de su avance. Aun así, medía sus movimientos con extrema precaución, manteniendo bajo un estricto control el repiqueteo de las armas ligeras contra su cuerpo, y las dimensiones de la primera arma pesada que ahora empuñaba, asegurándose de que sus extremos no golpearan ningún objeto.

Para su fortuna, la oscuridad no era total. Si hubiera tenido que alumbrar su camino habría corrido un riesgo importante de ser detectado.

El sonido de su aliento rebotando contra la careta era lo único que llegaba a sus oídos. Había recorrido dos o tres amplias galerías, y sus brazos comenzaban a acusar el peso del arma. Había inspeccionado una considerable extensión de terreno y aún no había encontrado ningún indicio de lo que había venido a buscar. Podría haberse acogido a la idea de que todo era falso, de que la gente le había mentado, en parte por ignorancia, por miedo, o por una especie de retorcido orgullo local. Su mismo sentido común le decía que no podía existir nada así. Podría haberse agarrado a esos pensamientos y a todo el tiempo que había estado dando vueltas en la oscuridad, de una sala a otra, sin encontrar ni el más mínimo vestigio de aquello de lo que le habían hablado. Podría aferrarse al sentido común y dar por terminada aquella empresa. Salir de ahí, recoger sus cosas, y volver al hogar que había dejado esperando por su regreso al otro lado del océano.

Pero no podía engañarse a sí mismo. Porque podía sentirlo. Sentía que estaba en el lugar correcto. No era un presentimiento, no era una

corazonada, no era autosugestión. Era una recopilación de nimios detalles que le habían pasado inadvertidos a su mente consciente, pero que su subconsciente había recogido para fabricar ese temblor en sus piernas y esa congestión en su intestino. Por eso, aunque su cerebro estuviera convencido de que ese lugar estaba vacío, su cuerpo seguía avanzando en tensión, sin hacer el más mínimo ruido.

A pesar de todo, el paso del tiempo hacía flaquear su convicción, y comenzaba a dudar de que fuera capaz de encontrar nada. Estaba seguro de que había recorrido cada sala dos veces, y de que las había inspeccionado de arriba a abajo. Pero sin duda se le había escapado algún detalle.

Era el momento de hacerlo una tercera vez. Pero esta vez se dejaría guiar por su estómago y por sus vísceras, no por sus sentidos.

Pasó por las tres primeras salas sin notar nada diferente con respecto a sus dos rastreos anteriores. Pero al adentrarse unos cuantos pasos en la cuarta sala... se sintió distinto. Todo parecía igual ante sus ojos, pero de alguna manera, sin comprender la razón, su respiración había cambiado, y sus manos se le habían agarrotado sobre el arma.

Algo había en esa sala que le hacía no sentirse seguro.

A simple vista todo parecía igual, pero había decidido guiarse por las sensaciones que no podía explicar, y todas esas señales le decían que esa estancia escondía algo. Comenzó a dar vueltas en círculos por aquella sala, fijándose hasta en el más mínimo detalle. No descubrió nada. No sabía a qué prestar atención, a los cambios de luz, al color de las paredes, en las corrientes de aire... nada. Hasta que se le ocurrió una idea.

Decidió dar una vuelta más de reconocimiento, pero esta vez se subió la careta que ocultaba su rostro.

El frío de aquel lugar le hacía expeler su aliento en forma de pequeñas nubes que se desintegraban al instante en la oscuridad. Estudiaba con escrupuloso cuidado el sonido que llegaba rebotado de sus propios pasos, y giraba la cabeza con cuidado para observar en todos los ángulos y direcciones. Su intención era recorrer los muros de esa estancia de forma exhaustiva, y no había llegado ni a la mitad de esa inspección cuando detuvo sus pasos en seco.

Nada apareció ante sus ojos, ningún sonido llegó a sus oídos procedente de una fuente extraña. Pero con todas las prendas protectoras encima y con la careta cubriéndole el rostro, no había sido capaz de detectar, hasta ahora, los cambios de temperatura. En ese momento, una delicada y casi imperceptible calidez acariciaba su mejilla derecha, haciéndose más y más patente conforme pasaba el tiempo, inmóvil, en idéntica postura,

registrando este suceso en su mente.

Tenía sentido. Calor. Por supuesto. Detrás de esa pared.

Con extrema precaución, chocó el borde de su arma contra la roca. Nada extraño sucedió. Realizó la misma prueba en diferentes puntos con el mismo resultado. Intentaba retrasar el momento, pero sabía que no había forma de evitarlo. Tenía que golpear esa pared con fuerza, quizá incluso excavarla para llegar al otro lado, aunque eso significara multiplicar las probabilidades de ser descubierto.

Encaró la pared y clavó los ojos en ella. Respiró profundamente, volvió a bajarse la careta y dio un paso atrás. Sabía que si se paraba a pensarlo no se decidiría a hacerlo, así que, sin más, tomó impulso y embistió con su arma la sólida roca.

Capítulo 3

Esperaba oír el eco de la colisión del metal contra la piedra perderse por las galerías, y estaba preparado para permanecer en silencio, pendiente de todos los frentes, hasta comprobar que ningún otro sonido respondía a ese eco. Lo que no había previsto era que su arma atravesara la piedra y se hundiera en aquel muro como si fuera un tapiz. Finísimas lascas de un extraño material se desprendieron entre discretos crujidos y siseos recorriendo toda la pared hacia el techo, en una tímida avalancha, como caen las finas capas de nieve acumulada al golpear un toldo.

Aunque asombrado y confundido por la silenciosa lluvia de esas finísimas láminas que mimetizaban perfectamente la superficie de la roca en la oscuridad, enseguida liberó su mente de distracciones y se concentró en lo que había quedado al descubierto tras la falsa piedra. Un enorme telón, irregular y membranoso, poblado de pliegues y de bulbos tumefactos, sellaba lo que parecía ser la entrada de un túnel. Con decisión, cogió un cuchillo que llevaba amarrado al cuerpo y abrió un agujero en esa especie de tejido placentario. Una súbita bocanada de vapores calientes le sopló de lleno en el rostro provocándole una náusea que apenas fue capaz de contener.

Azufre. El aroma del infierno.

Notando el guiso del desayuno intentando trepar esófago arriba, terminó de rajar esa recia membrana lo suficiente como para poder pasar sin dificultad.

El otro lado era exactamente igual que el resto de las galerías, pero, de algún modo, le hacía sentir en un universo diferente. Quizá era el incremento en la temperatura, o ese pútrido hedor que irritaba sus ojos y su garganta. Quizá era la luz, que al atravesar la translúcida membrana bañaba esa recién descubierta realidad con tonalidades anormalmente cálidas.

O quizá eran el peligro y la muerte, que sentía en el interior de sus huesos como la humedad que precede a las tormentas de verano.

Ahora sabía que estaba tras la pista correcta. Sólo tenía que llegar al final de esa galería.

A medida que avanzaba, el calor se iba haciendo notar con más claridad. La careta le empezaba a resultar agobiante, y su rostro se empezó a salpicar de sudor bajo ella. Esperaba encontrarse de bruces con su objetivo cada vez que doblaba una esquina, pero la sorpresa parecía no

llegar nunca.

Finalmente, los serpenteos de esa galería le condujeron a lo que parecía de lejos la entrada a un gran espacio. Sentía calor emanando de aquel agujero abierto en la oscuridad. Su cuerpo se tensó sobre su arma. Sus pasos se volvieron imperceptibles, y, temeroso de dejar salir libremente su respiración, entrecortaba el aliento como un niño tiritando de frío.

Al asomar su cabeza por la enorme apertura, sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la mayor oscuridad que allí reinaba.

Rogaba por estar siendo engañado, su mente rechazaba la existencia de algo así, y todo el valor y el coraje que albergaba en su corazón sufrió una estocada certera que hizo tambalear su voluntad, haciéndole desear una única cosa: salir de ese lugar de inmediato.

Pero por mucho que todo su ser intentara resistirse, no pudo más que acabar aceptando la realidad: ahí abajo, en esa gruta, descansaba un ser salvaje, maligno y gigantesco, tan enorme que podía tragar su cuerpo entero sin masticarlo, armado con afiladas garras y mortales cuernos, protegido por una armadura de escamas duras como la roca, coronado como una herética deidad por un par de membranosas alas, y que parecía, a juzgar por la temperatura y el olor que emanaban de esa guarida, que podría ser cierta la locura que se murmuraba, de que ese ser era capaz de escupir el fuego del infierno a través de sus dentadas fauces.

El dragón dormía. Y él había venido aquí para matarlo.

Capítulo 4

Cuando al fin fue capaz de apartar los ojos de la magnífica criatura que descansaba en aquella oculta caverna, empleó unos instantes en poner en orden sus pensamientos. Debía realizar esta labor con sumo cuidado, pues a esta distancia, un movimiento en falso haría despertar al dragón.

Apoyó en la pared del túnel la pesada pica que había estado portando, sin provocar el más mínimo ruido, y desplegó con lentitud y precisión los engranajes de su base, que consistían en un mecanismo de apoyo para sostener el arma en diagonal. Punta y asta estaban ambas hechas de metal, grueso y macizo, para incrementar las probabilidades de que el arma penetrara en la carne del monstruo en vez de romperse bajo su peso. Una vez fijada y asegurada en el ángulo y dirección deseados, el caballero desanduvo su ruta a través de esa oculta galería, prestando atención a los tramos donde el nivel del techo era especialmente bajo. Atravesó la membrana que camuflaba tan perfectamente la guarida de la criatura, y enseguida sintió el alivio en sus húmedas mejillas de aquel frío que es tan natural en las cuevas excavadas en la montaña, y pudo volver a respirar ese ligero aroma arcilloso del interior de la tierra.

Al salir al aire libre, el caballero se quitó el casco y lo dejó caer sobre un matojo de hierba. Sería tan fácil dejarse arrastrar por el rumor de esos árboles, por el sonido de la primavera, por la cálida brisa del mediodía. Sería tan fácil, aquí fuera, donde el paisaje de la ladera tan sólo devolvía esencias de paz, orden, y equilibrio, convencerse de que lo que había visto dentro de esa cueva había sido sólo un sueño. De que la muerte, la podredumbre y la pestilencia del interior de esa cueva y la pureza del mundo que el sol bañaba gentilmente ante sus ojos no podían coexistir en la misma realidad. Negarlo todo y regresar al amante abrazo de su esposa. Pero de hacerlo, no sólo estaría traicionando el juramento de valor, generosidad y justicia de su orden. Dejar con vida esa aberración significaría condenar al pueblo que había mandado en su busca, a sus cosechas y su ganado, a sus mujeres y a sus niños, a varias generaciones de horror y desastres.

Pensó en su propio pueblo, en sus propios hijos.

Descendió por la ladera notando el blando retumbar de los mechones de hierba bajo sus botas. A poca distancia le aguardaba su caballo amarrado a un árbol, y el carro que guardaba el resto de las lanzas, varias armas ligeras, y escudos. Lo transportó todo a la entrada de la cueva. Al final de esta tarea sudaba profusamente. Se preguntó si cuando se acercara esta segunda vez su olor sería suficiente para despertar al dragón.

Con urgencia fue colocando una a una picas y lanzas a lo largo del camino que llevaba al corazón de la montaña. Dos detrás de la membrana, fuera

de la vista de cualquiera que viniera por el lado opuesto, y las restantes salpicando aleatoriamente el resto del camino. Detrás de cada una apostaba un escudo y una o varias armas arrojadas.

A punto de colocar las dos últimas, en el borde de la boca que servía de salida del monstruo a la galería, y con la mirada fija en su vientre, hinchido de carne, que subía y bajaba al ritmo de su respiración, reflexionó sobre su estrategia. Y no la encontró tan brillante.

Sembrar de picas el camino de una bestia no dejaba de ser en exceso simple. Pero nadie le había dicho cómo matar dragones. Nadie había matado todavía un dragón. En realidad, no sabía de nadie que hubiera siquiera visto un dragón, hasta que no había recibido la visita que le había traído hasta aquí. Por lo que él sabía, aquel pueblo había mandado emisarios a los cuatro rincones del mundo en busca de ayuda y sólo él había respondido. Los demás caballeros habían recibido la noticia con arrogancia, con cobardía, o, en el mejor de los casos, con simple incredulidad, dejando a esa buena gente desvalida e indefensa, abandonados a un destino sin esperanza.

Alguien necesitaría recordar a esa burla de sangre hidalga en qué consistía el deber que una vez juraron con tanta gallardía.

Las armas ya estaban colocadas. Todo estaba preparado. Sólo restaba una cosa por hacer: despertar al dragón y darle muerte.

El caballero titubeó por un momento. A sus pies, la única lanza con asta de madera de su arsenal. No quería morir. Quería volver al calor de su esposa, quería ver crecer a sus hijos, quería ver prosperar a su familia y a su pueblo, y si seguía adelante y desafiaba a esa encarnación del mal, bien podría terminar sus días en esa cueva.

Cogió la lanza, mucho más ligera que el resto de las picas de metal macizo. Miró al dragón sumido todavía en sus sueños de gritos y llantos, disfrutando de los efectos de su despiadada glotonería. Volvería a su pueblo con la cabeza del dragón y la dignidad intacta, o no volvería. Si sus hijos tenían que crecer sabiendo que su padre había muerto defendiendo a un pueblo extranjero al otro lado del mar, que así fuera. No sería digno de criarles con la sombra de la vergüenza y el deshonor pesando sobre su espalda.

Dedicó un último pensamiento a su mujer, y sus manos dejaron de temblar.

Se apartó unos pasos de la boca de esa madriguera. Comprobó el peso y el equilibrio de su lanza varias veces. Dirigió una fría mirada al dragón, se

concentró en su amplio vientre, y se bajó la careta del casco.

Tomó carrerilla. Los escarpes de su armadura rechinaron al arrastrarse por el suelo de la caverna. Al alcanzar el borde de la galería, liberó el proyectil con un leve tintineo que dio paso al silencio absoluto. El dardo trazó su parábola suspendido en un sueño, y el caballero siguió su trayectoria con la mirada. Cuando la lanza comenzó su descenso observó que iba a errar el vientre de la criatura. No conseguiría ensartar a la bestia en su primer golpe. Habría batalla.

Capítulo 5

La lanza cogió más y más velocidad conforme iba descendiendo. A punto de impactar con el animal, el halo onírico que envolvía su vuelo se resquebrajó y el caballero tensó sus músculos de forma refleja, como tantas veces había hecho, ante la inminencia de la contienda, sólo que esta vez una densa nube de incertidumbre se cernía sobre sus pensamientos. Toda su vida había estado dedicada al combate y a la oración, pero no sabía qué esperar de aquel ser retorcido. Su sola naturaleza de animal ya le hacía impredecible, pero, ¿Era aquello siquiera un animal? ¿O era un ente sacrílego escupido directamente del infierno? ¿Eran escamas eso que recubría su cuerpo, o eran sedimentos de pura maldad? ¿Sería fuego aquello que expulsaría? ¿O sería la destilación alquímica de un torbellino de odio e ira en su estado más primal, destinado a consumir el alma a la vez que el cuerpo?

Sea como fuere, ya no había tiempo para más elucubraciones. La lanza llegó a su destino.

Las pupilas del caballero centellearon reflejando el fuego. No podía haber imaginado un despertar más violento. La lanza había arañado la mejilla del dragón en un punto muy sensible cerca de su ojo, y, continuando su descenso, el asta se había atascado entre los cuernos que protegían la parte baja de su mandíbula. El dolor tenía que haber sido agudo, pues arrancó a la bestia de su sueño con un alarido y un río de llamas que estremecieron la caverna entera. Pero esa fugaz llamarada también descubrió algo que hizo que las piernas del caballero dejaran de sostenerle por un momento, haciéndole hincar sus rodilleras contra la desnuda piedra.

Por supuesto que más caballeros habían respondido a la llamada de auxilio. Muchos más. Y la madriguera del dragón estaba sembrada de los restos de sus armaduras, con sus reflejos metálicos camuflados entre la húmeda roca gracias al amparo de la penumbra.

Aquellos emisarios le habían mentido para atraerle a este lugar.

El caballero sintió una punzada de dolor en lo más profundo de su corazón, y su ánimo se nubló. Estaba solo en esta anónima caverna de un país extraño, enfrentándose a un heraldo de los infiernos con sus limitaciones de simple mortal, pero lo hacía de buen grado porque sabía en su interior que era su deber en este mundo blandir su espada en defensa de los débiles y los justos. Pero aquellos que él creía débiles, aquellos que él creía justos, habían usado de las más bajas artes para embaucarle despreciando su vida, esa vida que estaba dispuesto a

entregar en beneficio y provecho de esa gente sin honor.

El caballero se sintió traicionado, pero no sólo por esos emisarios que le habían escupido sus mentiras a la cara sin ningún escrúpulo para mantenerle ignorante y maleable, o por el posadero, el mozo de cuadra, o los aldeanos, que le habían estado sirviendo su comida, preparando su caballo, o respondiendo sus preguntas siempre con la mirada gacha, sabiéndose cómplices del ardid que le había traído aquí y que podía costarle la vida, como a tantos otros antes que él, engañados de la misma manera. Se sentía traicionado también por todo el género humano. Este pueblo era un mero ejemplo de todo lo que andaba mal en el alma humana, de todo el egoísmo y la mezquindad de los que era capaz el hombre.

En la soledad de ese agujero que apestaba a muerte y azufre, al caballero le fallaron las fuerzas y la convicción. En aquel momento no podía estar más indefenso ante el dragón. Por suerte para él, la criatura seguía chillando y girando sobre sí mismo, en un intento de arrancar con su pata trasera la molesta lanza que había abierto su mejilla, todavía encajada en su mandíbula. El caballero le observó, y una ráfaga de imágenes terribles irrumpieron en su mente. Vio los tiernos miembros de su hijo el menor asomando desgarrados entre unos colmillos amarillentos, y su sangre inocente regando una carnosa lengua. Vio el rostro angelical de su esposa devolverle una mirada inerte bajo una enorme zarpa, aplastada contra la tierra como una ajada muñeca de madera abandonada en un barrizal. Vio a su pueblo entero en llamas, carnes de diferentes generaciones abrasándose vivas, y un humo denso oscureciendo sus tierras.

Ese cuadro que percibía tan lúcido en su mente fue suficiente para convencerle de que esta empresa iba más allá de un mero interés local. No había manera de saber si había sido Dios quien le había enviado esos pensamientos para mostrarle la importancia de su tarea, o el Diablo para destruir su ánimo, pero lo mismo daba, su resolución no podía ser más firme: se enfrentaría a aquel monstruo de las profundidades. A todos los lacayos del Averno, si era necesario.

El dragón arrancó el objeto encajado en su mandíbula con un graznido, y comenzó a mirar a su alrededor encendido en furia. El caballero se incorporó poco a poco, con el alma henchida, comprendiendo que no hacía esto por un puñado de cobardes e ingratos. Lo hacía por su familia, por su gente, por su especie. Lo hacía por todo lo que era bueno y puro en este mundo. La nueva dimensión de su cruzada desbordó de coraje su espíritu. Ya no era un simple caballero, era un guerrero de Dios.

Cuando las pupilas del dragón se clavaron en él, su voluntad se mantuvo firme como una columna de granito. Su cuerpo no se estremeció, sus rodillas no temblaron, su respiración no perdió su profundidad. Sabía que algo mucho más grande que él estaba guiando sus pasos, o hacia la

victoria, o hacia la Vida Eterna.

Hombre y bestia se escudriñaron la mirada envueltos en esa particular atmósfera de gases nocivos, aromas pesados, y reflejos confusos. De repente, el caballero rompió el momento bajándose la careta del casco con brusquedad, sabiendo que la criatura entendería aquel desafío. Sin darse tiempo a saborear el momentáneo desconcierto del monstruo, en el umbral de aquella madriguera, el caballero desenvainó su espada profiriendo un grito de guerra que resonó en toda la caverna, y que cubrió los pensamientos de la criatura con un velo de enajenación asesina.

Capítulo 6

El dragón emprendió su carrera hacia el caballero con tanto ansia que sus atropelladas patas resbalaron sobre el lecho de rocas y latón, haciéndole caer de bruces. El caballero observó cómo se incorporaba como una exhalación y reanudaba su persecución entre rugidos de intimidación. Calculó la velocidad del dragón, y en el momento preciso emprendió su propia carrera hacia la salida de la cueva.

El último momento en que el caballero pudo discernir con claridad el rumbo de los acontecimientos fue el breve tiempo que estuvo esperando, lanza en mano, a que el dragón apareciera por la boca de la madriguera. Nada más asomar su monstruoso cuerpo, el caballero descargó el segundo proyectil, y sin comprobar si había hecho blanco o si las picas que había apostado como trampa habían cumplido su cometido, reanudó su carrera hacia la segunda parada.

La armadura y los gruesos ropajes protectores que vestía debajo de ella dificultaban sus movimientos y añadían un esfuerzo extra del que hubiera deseado verse libre. El retumbar de las pisadas que le perseguían, el ruido de sus propios jadeos, el temblor del suelo bajo sus pies, y la violenta oscilación de su casco, volvían la escena que sus ojos presenciaban desde detrás de la careta, frenética e imprecisa. No sabía a qué altura estaba del túnel. No sabía si había corrido mucho o poco. No sabía cuánto le faltaba para llegar a la segunda parada, o si ya la había pasado de largo. Miró en todas direcciones en busca de algún fragmento de cueva que pudiera reconocer como referencia y de repente vio la pica de metal y las armas.

Sin volver la vista atrás en ningún momento para comprobar a qué distancia le seguía el dragón, se tiró al suelo y cogió un arma que él mismo había mandado construir: dos bolas de acero coronadas con largos pinchos y unidas por una corta cadena. El arma estaba diseñada para ser engullida por la criatura y desgarrar su garganta y sus entrañas desde el interior, pero el sobreexcitado instinto de supervivencia del caballero le hizo lanzar el objeto sin detenerse a esperar el momento perfecto en el que las fauces del monstruo se le hubieran ofrecido de par en par, y arrojó el arma sin apenas apuntar. A pesar de no cumplir con su objetivo, las afiladas púas de una de las bolas se clavaron en uno de los agujeros nasales de esa monstruosa bestia. En respuesta a ese agujijón inesperado, el dragón se irguió profiriendo un chillido tan penetrante que provocó el desprendimiento de algunas rocas a lo largo del túnel. Ese preciso momento aprovechó el caballero para coger el escudo que había dejado apoyado en la pared, empuñar otra pica coronada con una barroca punta de lanza, y abalanzarse hacia el corazón de ese demonio. Pero sólo fue para comprobar que la escamosa piel del dragón, incluso en esa zona menos blindada, era tan recia y gruesa que con todo su impulso tan sólo pudo apuñalar la carne más superficial, sin amenazar ningún órgano vital

de la criatura. A pesar de ello, la lanzada en el pecho del dragón produjo casi al instante una reacción refleja, y el ala plegada de la criatura golpeó al caballero arrojándole con brutalidad contra la pared del túnel.

El caballero quedó tendido en el suelo, desprendido de casco y escudo, luchando por levantarse, viendo neblinosas imágenes y escuchando lejanos sonidos submarinos. Probablemente la armadura, junto con todas las gruesas capas de indumentaria protectora debajo de ella, habían evitado que su cuerpo se convirtiera en un saco de huesos rotos, pero el impacto de su espalda contra la piedra había sido tan potente que parecía haber paralizado sus pulmones, y ni el más leve hilo de aire era capaz de circular por su garganta en ninguno de los dos sentidos. El dragón, que se retorció intentando zafarse de las dos últimas armas ensartadas en su cuerpo, era ahora la segunda de sus preocupaciones. Respirar era la primera. Aunque el golpe principal había sido en la espalda, señales de dolor agudo le llegaban del cuello, las extremidades, y, sobre todo, del pecho. Sus ojos estaban tan desorbitados en la agonía, que parecía que intentara tragar aire a través de ellos. Sus espasmos y bocanadas de pez moribundo resultaban infructuosas, y el rostro empezó a teñirse primero de rojo, y luego de púrpura. Las sacudidas de su cuerpo empezaron a ser cada vez más rápidas y sus pupilas comenzaron a dirigirse, sin que el caballero pudiera ejercer ningún control sobre ellas, hacia el cielo, buscando ya a Dios.

En una última y violenta convulsión, el caballero sintió como si explotara una burbuja en su interior, y por su boca y nariz salió expulsado un vómito de sangre mezclado con jirones de un tejido grisáceo. En ese momento, volvió a sentir una agradable sensación que ya creía perdida para siempre: la del aire corriendo libre por su garganta. Se sonó la nariz con una mano temblorosa, y tosió y escupió unas cuantas veces para liberar sus conductos de coágulos rezagados. Sentía en su boca un sabor acre y amargo, como si alguien le hubiera forzado a comer un plato de sus propias entrañas. Pero era un bajo precio a pagar por seguir con vida.

No pudo detenerse a saborear la sensación. La colosal cabeza del dragón, goteando sangre por la nariz y por la mejilla, se había girado al oír la tos que había devuelto a la vida al caballero, y se abalanzó hacia él con los ojos inflamados en rabia. El caballero recuperó el escudo justo a tiempo para evitar que la dentellada de la bestia le arrancara el brazo y con él la mitad del tronco. En su lugar, su hocico se detuvo en la chapa del largo escudo. Hombre y monstruo forcejearon ante él. El dragón intentaba con fauces y zarpas hacer presa del molesto conejillo que se escondía tras esa cubierta. El caballero apenas podía resistir los brutales embistes del monstruo. Las dentelladas que se estrellaban contra el latón de su sólido pavés le arrojaban contra la pared de roca, la fuerza de los zarpazos de esas titánicas alas aún plegadas abollaba la superficie y le hacía perder momentáneamente el asidero de sus enarmas, dejándole desprotegido hasta que volvía a colocarlo frente a él. No podría aguantar ese asedio

mucho más, pero estaba acorralado. Sólo era cuestión de tiempo que la criatura acertara con sus bocados o sus garras sobre tejido blando, y entonces la historia habría acabado, su anónima armadura pasaría a formar parte del mobiliario de esa pútrida madriguera. Aunque no tuviera muchas oportunidades de sobrevivir, tenía que tomar la iniciativa, tenía que deshacerse de la emboscada en la que el dragón le tenía atrapado, y la única manera de hacerlo parecía lanzarse a la carrera sin preocuparse por defenderse de los ataques de la bestia, rogando a las alturas para que cuando fuera alcanzado, no lo fuera de una manera definitiva.

Capítulo 7

El caballero no sabía nada de dragones. No sabía si esas criaturas sobrenaturales podían leer la mente o no, pero tan cierto como que hay Dios, fuera o no por azar, en el momento en que iba a emprender su desesperada huida, el dragón cesó sus ataques y plantó sus alas en el suelo a ambos lados, cortándole el paso. Asomándose por detrás del castigado pavés, pudo ver su cornuda cabeza, estudiándole, y balanceándose como la de un áspid.

Se preguntaba qué pasaría por su retorcida mente, si es que esa bestia tenía conciencia. ¿Por qué no atacaba? ¿Estaría intentando leerle los pensamientos? ¿Estaría tomando conciencia de que tras ese escudo había una criatura inteligente, a la que no podía tratar como simple comida? ¿O quizá sus múltiples heridas le habían convencido de que no merecía la pena el sufrimiento de seguir enfrentando a este minúsculo ser y se estaba planteando dejarlo marchar, como haría una serpiente después de soportar suficientes púas de un erizo? El pensamiento se aferró al caballero con fuerza. Si el monstruo se mostraba magnánimo y retiraba una de sus alas no iba a dejarle tiempo a que se arrepintiera. Emprendería la carrera hacia la salida, y no se detendría ni para enganchar el remolque de las armas a su caballo, ni en el pueblo para exponer la vergüenza de su mentira. No pararía ni para comer ni para dormir hasta que llegara a su propio país, cruzara las murallas de su propio pueblo, y abrazara a su familia de nuevo.

La enorme cabeza seguía oscilando frente a él. Estudió esos ojos tintados de piedras preciosas esperando con ansia ver la señal que le concedería la libertad. La bestia le devolvía la mirada, sin hacer otra cosa que continuar ese tenue balanceo, mientras que la ansiedad del caballero aumentaba por momentos. El espacio entre las alas del dragón se estaba haciendo irrespirable. En su mente sólo tenía la imagen de la luz del día colándose por la entrada de la caverna como un susurro de vida. Cada segundo que pasara ahí dentro, encerrado entre oscuras rocas envenenadas por ese aliento espeso y vapores de muerte, sería para él como ahogarse en un pantano de aguas infectas, un segundo tras otro más cerca de la muerte.

Las mejillas del caballero estaban cubiertas de sudor provocado por aquella súbita claustrofobia. No quería perder de vista al dragón, pero su pecho ardía en deseos por comprobar, aunque fuera con un rápido vistazo, que la salida seguía estando ahí, que las paredes del túnel aún reflejaban la libertad prometida en forma de tímidos brotes de luz. Toda una vida de entrenamiento para el combate le impedía apartar la mirada, sabía que si lo hacía la bestia aprovecharía ese momento para atacarle, pero la imagen de la salida en su mente tiraba de él con tanta fuerza que si no respondía a esa llamada sus nervios sin duda colapsarían. Sin saber lo que ocurriría a continuación, y luchando contra todos sus instintos, el

caballero apartó la vista y recibió la visión de esos reflejos contra la roca como una bocanada del aire que le faltaba. Entonces apretó los párpados y asió su escudo con fuerza esperando el brutal ataque. Un ataque que no llegó.

Estaba confundido. Esa reacción no obedecía a ninguna ley natural. Pero no le podía importar menos en esos momentos. Ahora que había vislumbrado la salvación, todo su cuerpo se estremecía con la sola idea de escapar, sin volver la vista atrás, borrando la caverna y la sacrílega criatura que la habitaba de su memoria para siempre. Pero no podía quitarse de encima la sensación de que algo no andaba bien. ¿Una bestia asesina que no ataca cuando su presa está más indefensa? ¿Por qué?

Entonces una idea atravesó su mente como un destello.

Esa cobardía no era propia de él. Cientos de veces se había enfrentado a la perspectiva de horribles muertes y nunca había suplicado por escabullirse de ninguna de ellas. Clavando otra vez su mirada en esos ojos de reptil, lo supo: Esos no eran sus pensamientos.

Y la cabeza dejó de balancearse.

El caballero podía notar la confusión de la criatura. Su fiera mirada multicolor se alternaba nerviosa e incrédula de un ojo al otro, y sus patas trataban de afianzar su posición en el suelo con inseguridad, a medida que el caballero recuperaba poco a poco el control sobre sí mismo. Recordó la imagen de su hijo atrapado entre los dientes de esa sonrisa macabra, y a su mujer aplastada bajo esas garras mugrientas. Recordó que esta historia sólo podía tener dos finales: la muerte del dragón, o la suya, y, a pesar de la fragilidad de su condición humana, su mirada se infló de tal aplomo que turbó al dragón y le hizo retirarse derrotado de esa batalla de voluntades.

No obstante, aún seguía físicamente atrapado por esas alas, y el dragón parecía haber comprendido la futilidad de intentar doblegar el alma de un verdadero guerrero de Dios, y parecía recomponerse para acabar el combate de una vez por todas en el plano terrenal. El caballero percibió este cambio y se preparó para reanudar la batalla. Desenvainó su espada y golpeó con la empuñadura la chapa de su escudo con violencia y desafío, invitando al dragón a lanzarse a por él y terminar lo que habían empezado.

El gesto cumplió su cometido y la bestia recuperó toda su furia y brutalidad lanzando un terrible rugido a la misma cara del caballero, que se resguardó de ese aliento putrefacto y de las flemas que su largo chillido excretaba, detrás de su escudo. Pero no se limitó a defenderse de una manera pasiva. Esta vez, el caballero cortó ese insultante rugido de raíz surgiendo de improviso por uno de los laterales de su escudo y lanzando

un mandoble que cercenó un par de cuernos de la mandíbula de la bestia y provocó un superficial pero inesperado corte cerca del cuello. En una exhalación, volvió a recuperar la seguridad detrás de su posición resguardada y el zarpazo que surgió a continuación tan sólo arañó un poco más la chapa del pavés.

Asomó los ojos por encima del escudo, tan sólo para contemplar la antesala de aquello que había temido secretamente desde el inicio de esa cruzada. El vientre del dragón se hinchó tanto que parecía que fuera a estallar, y en el interior de sus fauces, abiertas de par en par, una luz azul cautivó la mirada del caballero. El paso del tiempo se detuvo para él mientras sus pupilas reflejaban ese tenue destello que crecía y crecía, en una realidad suspendida, en lo hondo de la garganta del dragón.

Capítulo 8

Jamás había presenciado algo tan bello. Las tímidas nieblas que se formaban en la garganta del dragón, iluminadas por azules, amarillos y violetas que no eran de este mundo, llenaban el alma del caballero de una paz y un anhelo que parecían arrastrarle fuera de su cuerpo. Quería tocar esa luz. Quería vivir en esa luz. Para siempre. Si no fuera porque la estaba gestando una criatura infame animada por la maldad pura, diría que estaba vislumbrando el mismísimo Cielo de los Justos a través del ojo de una cerradura.

Quizá ese era el secreto de todo. Quizá esa era la solución a la batalla que se venía librando desde antes de que existiera el Mundo. El Bien y el Mal no existían. Sólo existía la Luz. Esa Luz. La Luz era el origen de todo. La Luz hinchaba el alma de los hombres y les daba alas para sobrepasar los límites de su naturaleza animal. Pero la capacidad de volar también trae consigo el miedo a caer. Y quizá lo que llamamos Mal no sea otra fuerza primal opuesta a la Luz, sino un cúmulo de reacciones desesperadas provocadas por la visión del abismo que se abre bajo nuestros pies, y la resistencia febril a esa Luz que nos empuja a volar sobre él. No existe fuerza Destructora en el Universo, tan sólo Creadora. La destrucción es sólo una elección.

Hace incontables eones, y por la causa que fuera, un magnífico ente portador de esa Luz creadora tomó esa elección, y el paso del tiempo llevó a su cada vez más decadente espíritu a recubrirse de pestilencia, a vestirse de formas retorcidas sobre carnes infectas, a respirar odio. Así nació el primer dragón. Y desde entonces su maldita descendencia ha estado atormentando el mundo de los hombres con avidez, devorando su terror, sorbiendo su desgracia. Eructando satisfecha su desesperación mientras defeca sobre sus plegarias.

Una discreta metamorfosis hizo que la Luz celestial que tenía preso el espíritu del caballero se transformara en un simple destello de propiedades y colores terrenales. Esto arrancó al guerrero del plano onírico donde su conciencia había estado flotando como dormida, y le arrojó de vuelta a la encarnizada batalla. Su voluntad volvió a él justo a tiempo, pues en una arcada que convulsionó todo su viscoso cuerpo, el dragón liberó un torrente de destructoras llamas sobre aquel conejillo molesto que se resguardaba inútilmente tras una corteza de árbol chapada.

Nada podría haber preparado al caballero para esto. Ni un millar de asedios bajo avalanchas de pez ardiendo, ni despertarse en medio de un lecho envuelto en llamas. Desde el primer momento el caballero se dio cuenta de que ese fuego no era como ningún otro al que se hubiera enfrentado. En nada más que un parpadeo se vio envuelto por una luz

cegadora que cubrió de blanco todo lo que no estaba tapado por el dorso de su escudo. Sus ojos encharcados en lágrimas ya no alcanzaban a ver nada fuera de los límites que marcaba su pavés. Sólo sabía dónde estaba el suelo porque lo sentía bajo él, y una de las paredes de la gruta porque estaba siendo empujado hacia ella. La fuerza de ese aliento amenazaba con aplastar su anatomía de simple mortal entre las rocas y su propio escudo. Era como intentar parar el lento pero inexorable avance de un galeón atracando en puerto. Tuvo que ayudarse de los dos brazos, el hombro, y la rodilla que no estaba hincada en tierra para poder resistir a duras penas el embiste de aquel río de fuego.

Pero la ceguera y el aplastamiento no eran nada en comparación con el calor.

En escasos segundos el Universo pareció darse la vuelta y haber sido tragado por el Infierno. Sin dar tiempo a que el caballero reaccionara, la piel de su cara y de su cuello, que eran las únicas partes que no estaban envueltas en gruesos tejidos protectores, se sintieron zambullir en un río de lava, a pesar de que su castigado pavés todavía impedía que las llamas alcanzaran su cuerpo directamente. Sentir su piel ardiendo le hizo alejar el rostro, apretar los párpados, y liberar un alarido, amalgama de agonía y agallas. En el mismo momento que se extinguió su grito, su lengua y su garganta se llenaron de la misma lava candente, y poco después sus fosas nasales y sus ojos. Sentía abrasarse sus entrañas a cada bocanada de aire que estaba obligado a engullir para mantenerse con vida.

Sabía que le separaban escasos segundos de morir asfixiado. Y no era sólo eso. A pesar del poco tiempo transcurrido, su escudo había alcanzado tal temperatura que empezaba a abrasar las partes de su cuerpo que lo sostenían. El dolor era mayor de lo que un ser humano estaba preparado para soportar, e iba en aumento. Todos sus instintos de supervivencia le chillaban que dejara caer ese escudo, por lo que más quisiera. Un brazo entero, la palma de la otra mano, y una rodilla, se cubrieron de ampollas que reventaron en escasos segundos. Debajo de todo ese dolor inhumano, el caballero podía sentir cómo su piel se disolvía y resbalaba como cera caliente debajo de las piezas de armadura y del cuero protector. Si la asfixia no le mataba pronto, se desmayaría a causa del dolor, lo que en esa situación equivaldría a morir. No disponía de tiempo para pensar ni su mente era capaz de hacerlo. Pero desde algún recóndito lugar de su espíritu le asaltó la idea de que si iba a morir, se aseguraría de que la muerte lo reclamara cabalgando hacia adelante y blandiendo su espada.

El caballero ya había empezado su tranquila marcha por el pasillo que pasa de este mundo al siguiente. Una luz le reclamaba al final de éste, pero sus ojos en el plano mortal no eran capaces de ver nada, ni siquiera sabía si los tenía abiertos o cerrados. Ni siquiera estaba seguro de que la batalla se siguiera desencadenando en el plano terrenal, pues le embargó la sensación de estar flotando en vez de apoyado en el suelo. El dragón,

las llamas, y él mismo eran tres elementos girando en el vacío luminoso de un Universo desconocido sin leyes cardinales, condenados a atraerse por toda la eternidad por la regla los opuestos. El dolor también había mutado. Lo percibía de otra manera, como un eco espiritual de su dolor físico, como si sintiera el dolor de otra persona, solo que la otra persona era él mismo. Debía darse prisa, su andar por la pasarela del otro mundo le había llevado ya a mitad de camino. Si quería cruzar sus puertas con la cabeza alta y su espíritu en paz, tenía que actuar ahora.

Arrojó su escudo a un lado y su cuerpo al otro sin saber muy bien qué iba a hacer a continuación. Las llamas le lamieron fugazmente antes de poder salirse de su curso. No pensaba. Percibía imágenes y sensaciones confusas. Se lanzó hacia el cuerpo erguido del dragón sin saber realmente si era su propia voluntad la que le empujaba. En su total enajenación ni siquiera se acordó de usar su espada. Tan sólo cargó contra el monstruo con su cuerpo, como si sus músculos de conejito fueran suficientes para tumbar esa robusta torre de maldad. El choque contra el pecho del dragón fue como dar contra un árbol, pero, por alguna razón, el monstruo cesó de vomitar fuego, y retrocedió como herido ante el impacto. El caballero, sorprendido por esta inesperada efectividad, continuó durante unos segundos tratando de tumbar a la criatura, antes de darse cuenta de qué era lo que realmente estaba ocurriendo. La única razón por la que sus esfuerzos parecían surtir algún efecto era porque, en medio de sus inútiles forcejeos, de vez en cuando tocaba con su cadera la lanza rota que sobresalía del pecho del dragón con la que momentos antes había intentado ensartar el corazón de la bestia. Sin perder un segundo, cogió espacio y propinó una dura patada a la lanza que hizo que se hundiera esta vez por completo. El bramido del dragón sacudió la caverna de nuevo, y al instante después, el caballero se encontraba de nuevo contra una pared, lejos de la bestia, con la mirada empañada y respirando con dificultad.

Capítulo 9

Tan sólo la armadura había evitado que uno de los cuernos de la cola del dragón le ensartara el brazo de lado a lado, y quizá también el pecho. El coletazo había sido tan devastador que su guardabrazos había quedado deformado hasta el punto que se hacía imposible seguir vistiéndolo. Desorientado, mareado, sin aliento, el caballero se despojó de guantelete, brazal y codal, antes de extraer con esfuerzo el guardabrazos, que se apretaba contra sus huesos amenazando con astillarlos como ramitas secas a su salida.

Cuando se vio libre de él, empleó un momento en recuperar el aliento antes de volver la vista al dragón. Visiblemente afectada, aquella bestia del infierno daba tumbos, cojeaba, y aleteaba de una pared a otra de la caverna. Parecía que tuviera los mismos problemas que el caballero para respirar, y sus gritos se fragmentaban asemejando una tos aguda. A pesar de todo, el dragón encontró la forma de recomponerse, y una vez asentado, devolvió la mirada al caballero.

Por un momento, el único sonido que ambientó la caverna fue el gorgoteo viscoso que nacía de los pulmones del caballero a medida que su pecho subía y bajaba. Luego, el sombrío crescendo de un grave rugido le robó el protagonismo. Los labios de la bestia temblaban y se retraían en una mueca de odio sobrenatural. Emanaciones de humo blanco y denso salían expelidas por sus orificios nasales, primero poco a poco, y luego ganando ritmo y volumen.

Sabía lo que significaba, y sin permitirse el lujo de recuperarse del todo, se incorporó y emprendió la huida hacia la salida de la gruta lo más rápido posible. Confirmando su instinto, el dragón se lanzó en su persecución poseído por una furia demente, rugiendo, chillando, bramando, cojeando, chocándose contra las paredes de la caverna y dando dentelladas al aire, como si ya pudiera sentir el éxtasis del crujir de los huesos de ese insecto bajo la presión de sus impacientes mandíbulas.

Al iniciar la carrera por su vida, el caballero se dio cuenta de varias cosas: que él también cojeaba, que le dolía respirar, que su piel ardía como si estuviera sumergido en aceite hirviendo, y que sólo era capaz de ver a través de un ojo. Advirtió con impotencia que su cuerpo no le respondía como esperaba y las amplias zancadas del dragón, aunque torpes, le ganaban terreno con rapidez. A ese ritmo quedaría a merced del monstruo antes incluso de vislumbrar la luz del día.

Más preocupado por los pasos que oía retumbar justo detrás de los suyos y por aquellos resoplidos de azufre que ya podía sentir calentando su nuca, que por nada que se pudiera encontrar frente a sí, e incapaz a la vez de interpretar correctamente las distancias y las formas con su único

ojo hábil, el caballero se dio de bruces con la cortina membranosa que ocultaba la entrada a la madriguera. Su impulso, el encontronazo con su espada, y los bordes cortantes de su armadura le hicieron atravesar la membrana sin dificultad, pero la confusión y la brusquedad del impacto le hicieron tropezar y caer de bruces poco después. Sin perder un segundo, rodó para ponerse boca arriba, decidido a afrontar la más horrible de las muertes como el caballero que era: con su espada en la mano, y Dios y su familia en el corazón.

Los eventos se sucedieron tan deprisa que sólo después consiguió encontrarles sentido. El dragón le pisaba los talones y los cuernos de su cabeza desgarraron la membrana tan sólo un instante después que el caballero. Su cuerpo gigantesco le siguió, pero nada más atravesar esa película viscosa ocurrió algo. En lugar de abalanzarse inmediatamente sobre él, ansioso por comenzar a destriparlo, el dragón convulsionó su cuerpo con un grito y cayó a tierra, como si hubiera sido alcanzado por un ballestero invisible. El caballero observaba confundido cómo la criatura arañaba el suelo de piedra entre quejidos y roncós jadeos. La bestia estaba visiblemente herida, pero aun así, arrastrándose con dificultad sobre el irregular firme de la caverna, se plantó encima del caballero tan de improviso que éste no fue capaz de reaccionar para intentar levantarse y emprender de nuevo la huida. Postrado boca arriba como un gato sometido, el caballero arrojaba mandobles a diestra y siniestra contra el hocico del monstruo, que una y otra vez intentaba cerrar sus fauces sobre aquel minúsculo cuerpo enlatado. Viendo el poco éxito que tenían sus dentelladas, el dragón usó una de sus zarpas delanteras para aprisionarle el cuerpo. El peto de la armadura evitó que una enorme garra abriera su pecho en canal, pero una punzada de dolor atravesó su esternón, y su aliento se detuvo una vez más. En ese instante el dragón logró por fin hacer presa de uno de sus brazos con los dientes, y comenzó a tirar de él mientras mantenía el resto del cuerpo del caballero contra el suelo, como los buitres al desgarrar carroña. Aún incapaz de respirar, el caballero sintió cómo una oleada de dolor que nacía de su hombro le atravesaba entero y nublabá su conciencia. Si la bestia no hubiera estado herida, su brazo ya estaría sin duda separado de su cuerpo, y sus entrañas le hubieran seguido inmediatamente después, pero las fuerzas del dragón estaban notablemente mermadas, y eso dejó abierta para el caballero una rendija de esperanza.

A punto de perder la consciencia, entre imágenes nebulosas, sonidos lejanos, y relámpagos de dolor, se dio cuenta de que su mano libre aún empuñaba la espada. Con ella barrió el espacio indefinido bajo la mandíbula del dragón esperando tropezarse con su garganta, pero no encontró más que aire. El cuello de la criatura estaba más lejos de lo que esperaba, y su conciencia amenazaba con abandonarle de un momento a otro. De nuevo esa sensación de dolor ajeno. Esa ingravidez. Ese remolino de formas fantasmales. No sabía cuánto tiempo tenía antes de que su cuerpo se negara a seguir luchando. Quizá tuviera tiempo para intentar un

solo mandoble más antes de perder el sentido. Se aseguró de que ese último acto como guerrero no fuera desperdiciado. Había un lugar donde sabía a ciencia cierta que su espada encontraría materia donde clavarse: alrededor de su brazo.

Con lo que parecía que sería su último esfuerzo, lanzó una estocada en línea recta hacia su brazo atrapado, como si quisiera atravesarse su propia mano. Tal como había previsto, la punta de su espada encontró tejido blando entre los huesos de la quijada de aquel ser, y las capas de acero templado de su hoja ascendieron abriéndose camino a través de piel y carne, hasta ensartarse en el dorso de una lengua tumefacta.

Con un penetrante quejido, el dragón retrocedió tratando de sacudirse la espada y olvidándose del caballero. A pesar de no tener ya esa pesada garra oprimiéndole el pecho, tan sólo un hilillo de aire circulaba por su garganta. Su cuerpo estaba extenuado por el esfuerzo y el sufrimiento. No era capaz de levantarse, pero irguiendo la cabeza como en estado de embriaguez, alcanzó a ver algo con su único ojo que encendió un recuerdo aparcado en un rincón de su mente: dos largas picas hendidas a ambos lados del abdomen de la bestia, clavadas hasta la mitad de sus metálicas astas. Se había olvidado por completo de las trampas que había apostado detrás de la membrana. Tanto es así que a punto había estado de ensartarse él mismo en una de ellas en su descontrolada huida.

El dragón había evitado todas y cada una de las trampas excepto estas dos. Excepto las que el caballero había borrado de su memoria.

Observando los estertores de muerte de la bestia, se preguntó de nuevo qué clase de criatura era aquella, mezcla de natural y de sobrenatural, de malvado y de divino, y trató de imaginarse el magnífico ser que fuera una vez, mucho antes de caer en la desgracia.

La criatura aún no había expulsado su último aliento, y, arrastrándose cual oruga, se dirigió por última vez al caballero. Su respiración sonaba débil y apagada, pero su mirada encendida dejaba claras sus intenciones.

Pero el caballero estaba en paz.

Que la bestia cumpliera con su naturaleza, que acabara su trabajo, él ya había hecho su parte, poco importaba ya que no sobreviviera a aquella hazaña. Lo importante era que después de este día, el mundo se habría librado para siempre de aquel azote del infierno. Estaba satisfecho.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, aquel descomunal engendro se alzó una vez más ante la mirada borrosa del caballero, que observó el vientre de la criatura hincharse como un globo y sus fauces abrirse de par en par. Cerró los ojos. Relajó el cuello. No quería mirar aquella Luz, triste eco de una divinidad traicionada. Había otra Luz más preciosa que esa, y

no necesitaba abrir los ojos para verla.

Se escuchó un estallido. Su piel se volvió a cubrir de lava ardiente. Y se dejó ir.

Capítulo 10

Cantar de pájaros. Rumor de hojas. Frío y humedad en la piel. Dolor.

El caballero abrió los ojos aturdido. Todo su cuerpo estaba severamente dañado. Aun así, podía moverse. Giró sobre sí mismo y dirigió su rostro hacia la entrada de la caverna. La luz de una apacible mañana de primavera le acarició. Dio gracias a Dios por el sol, por las nubes, por el aire.

Tardó un momento en analizar la escena. Su cara y su cuerpo estaban cubiertos casi por entero por densos coágulos resecos. Aparentemente, el último río que el dragón había escupido sobre él antes de morir no había sido de llamas, sino de su propia sangre hirviendo.

El monstruo yacía a su lado. En la muerte, el rostro del dragón, con sus cuernos, sus afilados colmillos y sus escamas, transmitía paz. Era como un descomunal cachorrito disfrutando del calor del sol en su hocico.

Con esfuerzo, se incorporó y salió de la caverna. Todavía cojeaba, y no podía erguirse completamente debido al tremendo dolor de su pecho. En la orilla de un arroyo cercano, se desprendió de lo que quedaba de su armadura y se desnudó. Tenía la mitad del cuerpo quemada y carbonizada. Su brazo izquierdo no dejaba de temblar, pero al parecer los agujeros que habían abierto los dientes del dragón habían cesado de sangrar. Todo su cuerpo estaba salpicado de enormes manchas moradas.

Antes de bañarse en el arroyo, se arrodilló ante él para ver su rostro reflejado. Una sombra de profunda desesperación se cernió sobre él. Aquel cachorro que dormía la siesta en la caverna no era un monstruo. El monstruo era él. Casi un tercio de su cabeza estaba cubierta por una enorme mancha negra que había barrido cabello y disuelto piel y carne. En el medio de aquella negrura, un ojo sin párpados le devolvía un reflejo pálido y acuoso. No pudo reprimir el llanto ¿Cómo iba su esposa a querer seguir compartiendo el lecho con esa criatura desfigurada? ¿Se atreverían sus hijos siquiera a abrazarle? No podía soportar la idea de sus propios hijos huyendo despavoridos ante la horrorosa visión de su padre, de ser la imagen que poblara sus pesadillas a partir de ahora.

Se hizo un ovillo, y sus sollozos se mezclaron con el arrullo de las copas de los árboles y el rumor del arroyo.

Pero no había sobrevivido a una batalla contra el Infierno para derrumbarse ahora. Debía purificar su cuerpo, lavar sus heridas, y seguir adelante. Varios pájaros remontaron el vuelo sobresaltados cuando el alarido del caballero quebró la calma de la mañana al sumergir su piel

abrasada en el agua del deshielo.

Poco después, vestido de nuevo con ropajes nobles, aunque sencillos, se sentía renovado. Su caballo había huido, así que no podría llevar de vuelta al poblado el remolque con las armas. Su armadura estaba completamente arruinada, y no tenía sentido cargarla consigo, así que vació su macuto y metió en él lo más indispensable: algo de comida para el camino, y un odre que llenó de agua en el manso arroyo.

Todavía había algo importante que debía hacer. Debía contar al mundo a lo que se había enfrentado. Debía advertir al hombre que los demonios podían, en verdad, caminar sobre la tierra. Que las leyendas eran ciertas. Pero que se podía ganar la batalla al Maligno. Tan solo había que permanecer alerta y estar preparados. Pero sabía de la debilidad del hombre. Sabía que muchos darían la espalda a sus advertencias y le llamarían loco, algunos solamente por temor a la revelación de una verdad tan horrible preferirían seguir arropándose con un manto de ciega ignorancia, creyendo que negar la realidad les evitaría toda responsabilidad de tener que enfrentarla.

Por eso, para ello, para presentarse ante los hombres con su historia y su terrible advertencia, necesitaba pruebas.

Si aún hubiera conservado su montura habría intentado cargar la cabeza del monstruo en el remolque, pero, aunque grande, sólo disponía de un macuto. Entró de nuevo a la caverna y localizó su espada. Aunque muy castigada, la hoja aún fue capaz de cercenar de tres mandobles la garra que había tenido preso su pecho tan sólo unas horas antes. Con mucho más trabajo, usando espada, daga, y sus propios dedos, extrajo también uno de esos ojos que doblegan voluntades y escudriñan mentes. La muerte había afilado su pupila y apagado sus colores, que ya no refulgían como fuego de otros mundos, pero aquel magnífico orbe, pulido como el cristal, aún conservaba delicados reflejos dorados y diversas tonalidades de esmeralda.

Ya tenía todo lo que necesitaba. Rasgó un trozo de la lona con la que había cubierto las armas y se lo enrolló tapándose el ojo muerto y las facciones descarnadas. Con el macuto al hombro y la espada a la cintura, echó una última vista atrás a aquella cueva de pesadilla. Pensó en el telón de membrana, en su mente violada, en el fuego, en la Luz, en el olor a azufre... en los tímidos destellos de aquellas armaduras refulgiendo por toda la madriguera. Su espíritu se envenenó de rabia al pensar en todos los caballeros atraídos hasta aquí a morir antes que él con la misma treta. Lo primero que haría nada más llegar al poblado y anunciar la muerte del dragón sería exponer la vergüenza y el deshonor de sus habitantes. Y podían dar gracias de que no hiciera hablar también a su acero.

No había más que hacer allí. Le esperaba un crudo enfrentamiento en el poblado y un largo viaje al hogar. Tomó el camino de regreso. A pesar de los sacrificios no podía evitar sentirse satisfecho y con cierto aire triunfante, pues gracias a su victoria y a los conocimientos que había adquirido de ésta, se inauguraba una nueva era para el hombre. Una era en la que la carne mortal podía osar enfrentarse a los poderes de las tinieblas. Una era de iluminación en medio de una época oscura. Quizá marcara el inicio de la reconquista de la tierra por parte de un hombre empoderado en busca de la semejanza prometida a Dios. Y quién sabe si también, con el tiempo, supondría un desafío formal a las alturas.

El cielo parecía más brillante hoy, los pájaros, más alegres, el aire, más limpio, y la tierra bajo sus botas bullía de vida. La caverna había quedado atrás, en el ayer, con su olor a azufre dispersándose, con su cortina membranosa desprendiéndose, con su guardián velando eternamente la entrada con un sólo ojo, rígido como una estatua.

La madriguera había quedado en silencio. Ya no se escuchaba el reposado ciclo de ninguna respiración, ya no había gases expelidos que elevaran la temperatura.

Y multitud de huevos escamosos, escondidos a plena vista entre piezas de latón y roca húmeda de confusos reflejos, decidieron esperar su momento, cuando la era del hombre afrontara su segura decadencia.